

y la pintura de Ingres no es una regresión al pasado, sino una incorporación de lo mejor del mismo al tiempo en que pintó. Quien logró esa infinita colección de dibujos, al servicio de su contemporaneidad concreta, no era un evocador reseco y sin amor por lo naciente. El hombre que ante el milagro de la carne procuraba rendirse y descifrar en la grandeza todos los caudales que la carne sugiere, no fué, de ninguna de las maneras, un "evocador" más. Ingres injertó en su tiempo un ideal clásico de gran voltaje para el desarrollo de la pintura francesa. Ingres entendió la realidad que le era dada, según un ensoñamiento elevadísimo e ideal. Esto fué lo que contribuyó a que toda su pintura, que puede pecar quizá de enfática, no fuera nunca pedante. Porque trataba de acercarse en su solución a un ideal alto. Y no a logros, todo lo admirables que se quiera, pero conquistados en el pasado por quienes, en función de estos logros, alcanzaron celebridad.

Esa falsa heroicidad que en David muchas veces reemplaza a la tensión, aparece en la obra de Ingres como la más luminosa de las firmezas. Esa grandilocuencia que en muchos franceses del tiempo, miente grandeza, se reemplaza en Ingres por una honestidad de primera clase, encargada, como las aduanas, de que la grandeza alcanzada no pase al espectador multiplicada por impurezas, por gangas, que Ingres no podía tolerar. Quizá al pintor francés, si quiere entenderse a primera vista, haya que considerarle como el hombre en quien rigor y honestidad celebraron una nupcia fructífera. Desde el momento que el envaramiento, pecado mortal de semejante alianza, no tiene en Ingres lugar.

Lo envarado, lo pedante, lo falso, nos descubren constantemente la falta de fundamento de

esos neoclasicismos, ladrones de hallazgos y nada nutridos de savia íntima. Si en los dibujos de Ingres el milagro no se evidenciase con una robustez preocupada por no eximir de su seno una ternura, un lirismo, una vibración de primera categoría, podíamos mal pensar. Pero existen todas esas virtudes, y por si fuera poco, las derivadas de la majestad y la elegancia. Ingres, en la pintura francesa, es una penitencia, pero blanca, en cierto sentido jubilosa, como una gloria impresionada de su robustez. Como resultado de todo lo dicho, la pintura de Ingres no es nunca como todas aquellas neoclásicas, con lo peor del frío y sin ninguna de sus virtudes. Sino una pintura en la que palpitan, al mismo tiempo que la actividad y la grandeza, una adusta pero indiscutible intimidad.

Quizá en estos momentos de desconcierto en el que las artes plásticas se encuentran, volver los ojos a la obra de un pintor que murió en París en 1867, sea necesario. Cuando Eugenio d'Ors recomienda con más insistencia que nunca las excelencias del dibujo, frecuentar las palabras superdibujadas, pero honestamente sentidas de Ingres, no sea perder el tiempo, como pudieran creer los fugaces, los improvisadores, esos líricos a la fuerza, sin demasiada grandeza y majestad. Porque Juan Augusto Domingo Ingres fué, antes que nada, un lírico. (Para ser lírico, no es preciso siempre ser desordenado, alusivo, fantasmalmente sentimental.) Y porque lo fué hasta las últimas consecuencias, sus unidades artísticas, esclavas de la grandeza majestuosa, viven eternamente. Porque palpitaron de lirismo. Vibraron con el concepto lírico que las animaba. Sin que esto obligue, como creen tantos, a que sus conclusas entidades aparezcan ante nosotros en pecado de provisionalidad.